

CAPÍTULO III.

Pensamientos monárquicos de Napoleón III con respecto á Méjico. — Dificultades que se oponían á su realizacion. — Encubiertas miras del monarca francés en la expedición de Méjico. — Sus resultados. — Actitud de Juárez. — Intervencion de los Estados Unidos. — Sus consecuencias.

I.

Hacia algun tiempo que halagaba la ambicion y ulteriores miras de Napoleón III el establecimiento de una monarquía en Méjico. El pensamiento, dicho sea en bien del monarca de Occidente, era atrevido, trascendental, fascinador y en cierto modo aceptable, estando aún viva la memoria del magnífico espectáculo que han ofrecido á la Europa las monarquías constitucionales. A ellas se debe, en efecto, la destruccion del feudalismo que se levantaba gigantesco entre los pueblos y la corona. La paz, la ventura, el progreso que en la actualidad disfrutan Portugal, Inglaterra, Bélgica, y otras naciones de la antigua Escandinavia, las deben igualmente á las monarquías. La misma España, que en los últimos treinta años ha presenciado tantos sacudimientos y tantas reacciones, no puede desconocer la gran diferencia que hay entre el nuevo y el antiguo régimen. Hoy está libre de los horrores de la Inquisicion; no sufre ya la pesada influencia de aquel sin número de comunidades religiosas, verdaderas plagas que inundaban el país; han desaparecido el fanatismo y supersticiosas creencias, que nos envolvían en el oscuro laberinto de la inquietud y del miedo, y la absoluta ignorancia en que el régimen absoluto pretendía tener para siempre al humano espíritu, y tantos otros males de que adolecía la administracion del memorable Felipe II.

Pero de que de tantos y tan grandes beneficios sea la Europa deudora á la monarquía, no se deduce que pudieran serlo igualmente hoy á esa institucion, las naciones del Nuevo Mundo. El siglo pasado dió origen con su filosofía á una lucha incesante entre las monarquías y los pueblos, y ¡quién sabe si á la Europa entera no se hubiera estendido aquella revolucion, y hubiera sido, por lo tanto, el triunfo unas veces de la monarquía y otras de los pueblos, si al desaparecer el feuda-

lismo no hubiera venido á reemplazarle un Gobierno misto, con el cual se acallaban la ambicion de las monarquías y el espíritu y la tendencia de las masas populares!

II.

Bajo este régimen gubernamental se encuentra hoy constituida la Europa. ¿Podría estarlo igualmente la República de Méjico y otras naciones de América? Pruebas tenemos, y algunas bien lamentables por cierto, de que no es posible la forma monárquica en aquellas regiones del Nuevo Mundo. Los grandes esfuerzos y cantidades inmensas que se han gastado en Méjico para constituir un numeroso partido monárquico, han sido siempre estériles é infecundos; y en estos mismos instantes acaba de demostrar aquella República á la nacion más audáz de Europa, que no bastan ni su influencia ni el valor de sus soldados para establecer allí una monarquía, y que no teme su enojo al llevar al cadalso al infortunado príncipe que debia rejirla. Ya habrán podido convencerse por tanto los soñadores de monarquías americanas, que la creacion de un trono en Méjico es hoy de todo punto imposible, dadas la civilizacion y tendencias generales de América, y considerando especialmente las aspiraciones y el estado interior del pueblo mejicano.

No es un trono, como decia el Gran Capitán de nuestro siglo, una armazon compuesta de cuatro tablas de pino y cuatro varas de terciopelo: la monarquía es entre las instituciones humanas la que depende de mayor número de condiciones y eventualidades, ajenas por completo á la voluntad de un hombre ó á la de un grupo más ó menos numeroso de ciudadanos. Necesita un trono, como una de las principales condiciones de su existencia, lo que hoy llamamos prestigio; y entiéndase bien: no solamente el prestigio que inspira una personalidad determinada, sino que es tambien necesario otro más general que abraza una dinastía entera, cuya tradicion y cuyo renombre infundan respeto y veneracion entre los ciudadanos que ha de rejir. Sin tales condiciones, la influencia y la duracion del poder real han de ser necesariamente nulas, y no podrán, por lo tanto, re-

FRANCIA.



NAPOLEON III. EMPERADOR.

sistir á la acción innovadora del tiempo; ni aun al ligero choque de las pasiones de un pueblo. ¿Se conocía en Europa algún príncipe que infundiera en los mejicanos el prestigio y la simpatía indispensables para gobernar su país bajo la forma monárquica? ¿Había dado Méjico alguna prueba ostensible de querer aceptar la monarquía? La Francia debió creerlo así al ofrecer el trono de Méjico al infortunado Maximiliano; y ciertamente que en esto la nación francesa cometió, por medio de su Gobierno imperial, una punible torpeza, que actualmente, así lo han manifestado públicamente los ministros de Napoleón III, está llenando de amargura el corazón del emperador, de pesadumbre y remordimiento la conciencia de sus ministros. Uno y otros desconocieron, al proponerse establecer un trono en la República mejicana, la profunda enseñanza que nos presenta la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos del mundo, y se fijaron en cambio en las palabras que ya hemos citado de su oráculo infalible, de que un trono era un tablado.

Pero no es esto lo que la historia nos enseña. Napoleón III debió tener en cuenta, á la vez que las palabras de su ilustre ascendiente, el gran ejemplo que nos presenta la historia contemporánea, respecto al significado de esas cuatro tablas de pino y de esas cuatro varas de terciopelo. El rey José en España, el rey Joaquín en Nápoles, el rey Jerónimo en Westfalia y el rey Luis en Holanda, todos arrojados de sus tronos cuando apenas habían cenido la regía diadema, confestarían con honda amargura y pesar profundo al emperador francés, que un trono es algo más, debe significar más, debe valer más, que un trono, aun en los países que á diferencia de América, no rechacen enojosa y unánimemente cuanto tenga relación con las ideas monárquicas, debe contar, entre otras infinitas condiciones, con el prestigio que sólo la antigüedad y el renombre pueden dar á una institución de mando y supremacía, condiciones que no podrán nunca ser reemplazadas por el nombre de intruso, que en todas partes y en todos los tiempos ha sido rechazado con indignación y menosprecio.

Si la historia moderna no bastara para confirmar la verdad de este principio, desgra-

ciadamente olvidado, ya que no desconocido por algunos, preguntáramos á la historia antigua, y fijándonos en la del pueblo romano, veríamos que á pesar del modesto título de *imperator* (general) que adoptaron los Césares, fuéles preciso para que su autoridad fuese respetada, que se conservase el Consulado con todo su aspecto deslumbrador, con todas sus prácticas y costumbres, con todas las formas electorales que lo constituían. Ni uno solo de aquellos poderosos y activos emperadores se atrevió á echar por tierra el Consulado; tal es el prestigio que dá á las instituciones la voluntad, la vigilancia, el celo de un pueblo libre y soberano; tal la veneración que á las cosas, como á las personas, dá el transcurso de los tiempos.

Ahora bien, ¿podía el Gobierno francés contar con algunos de estos antecedentes históricos y tradicionales, para establecer con algunas probabilidades de existencia una monarquía en Méjico? ¿Había en Europa algún príncipe cuyo nombre fuese afecto, ya que no odioso, á la República mejicana? Uno solo pudiera presentarse que fuera conocido en aquella region del Nuevo Mundo, pero tal vez odiado de los mejicanos. Por fortuna, la España tuvo la prevision bastante para no esponer, á la derrota y á la vergüenza á la familia reinante, ni á continuas y horribles conmociones á una nación que ha de ser siempre hermana nuestra por la comunidad de origen, de costumbres y de idioma.

III.
Todas estas consideraciones y todas estas enseñanzas debió tener en cuenta el Gobierno de Napoleón III, antes de emprender su expedición á Méjico. No debió haber olvidado que ni aun en tiempos anteriores, cuando Méjico y las demás Repúblicas que han pertenecido á España, se hallaban en buena disposición para dejar establecer en ellas las instituciones monárquicas, no le fué dado conseguir este anhelado proyecto á la metrópoli, no obstante los grandes sacrificios que hizo para realizarlo.

Es verdad que las causas de tan obstinada resistencia por parte de los americanos, procedían de la poca tolerancia que usaron con ellos nuestros pasados gobiernos, sin lo cual

es muy probable que aquellos países habrían aceptado la monarquía; pero de todos modos, esto en nada pudiese atenuar la torpeza de los planes que para tal empresa se habían trazado los ministros del emperador. Si deploraban, como la Europa entera, que un pueblo se viese allende los mares desgarrado por la ambición y el desorden de mando de unos cuantos generales, y que fueran perseguidos y maltratados los súbditos extranjeros allí residentes, y hasta burlados los principios del derecho internacional, esto no daba nunca motivo bastante para que la Francia dispusiera de la suerte y del gobierno de una nación que vive há muchos años en completa independencia. Bueno es que una nación intervenga en otra cuando la libertad que en ella se disfrute sea á pretexto de desórdenes, y que allí donde pese el rigor y el despotismo, se dejen imperar con todos sus desastrosos efectos; pero nunca se debe, en el primer caso, pasar los límites de una reparación equitativa y justa, lo cual sucederán siempre que un pueblo trate de imponer á otro una forma determinada de gobierno.

Por otra parte, el Gobierno francés debía conocer cuál era el estado interior de la República de Méjico, y ese conocimiento no hay duda que hubiera hecho desistir á la nación francesa, de todo proyecto que tendiera á implantar por la fuerza la monarquía en aquella parte del Nuevo Continente. Compuesta la población de Méjico de varias razas, inquietas y turbulentas, que infunden espanto por su crueldad en donde quiera que se presentan, no es dado á ninguna otra nación imponer por la opresión y el miedo, el orden y la tranquilidad en aquellos Estados.

Aparte de esa variedad de razas, espantadas generalmente por las haciendas, y por las minas, se conocen en las ciudades de Méjico otra clase de hombres, de que ni en Europa ni en ninguna otra parte del mundo se tiene formada una cabal idea. Nos referimos á los llamados *Jeberos* ó *zuragates*, bajo cuyo nombre se incluye una clase de proletarios que no se parecen á los de ningún otro pueblo, cuyo estado de miseria es debido únicamente á su indolencia, á su odio á la sujeción y al trabajo, á su apego al vicio. A esta

clase de hombres, ni la miseria les aflige ni el malestar les perturba; desconocen el temor á la guerra, en la que son siempre valientes y esforzados; su alimento se reduce muchos días á un vaso de *chinquirito* (aguardiente), á cuya bebida tienen grande afición; van vestidos con su andrajosa frazada que al mismo tiempo les sirve de cama; sufren sin alterarse jamás, las contrariedades y vicisitudes por que aquel país atraviesa; y son, en fin, un elemento poderosísimo, capaz de infundir miedo á todo poder que trate de arrancarles una sola de sus libertades, ó despojarlos de cualquiera de sus hábitos, y de sus costumbres.

Al grito de *mueran los gachupines*, aquellas tribus indígenas sin arraigo ni apego á otra cosa que á su independencia, se hallan dispuestas siempre á luchar hasta morir, contra todo aquel que ataque sus derechos de soberanía, de igualdad y de libertad política; y como quiera que de todas estas garantías eran deudores al Gobierno de la República, tan habil y acertadamente desempeñado por Juárez, los *Jeberos*, decimos, habrían bastado por sí para espulsar de su territorio á cualquier otro extranjero, que más potente y más decidido que Maximiliano, fuera á imponerles una monarquía.

Pero aun hay otro ejemplo, que tambien desconoció, y que es mucho más elocuente, y ofrece más claras y profundas enseñanzas para la conducta que la Europa en general debe seguir en América.

De un siglo á esta parte, la Europa cuenta en el Nuevo Mundo tantas derrotas y crueles desengaños, cuantos han sido sus intentos belicosos en aquellos países. No creemos necesario, y además nos apartaría demasiado de nuestro propósito, enumerar una por una las naciones europeas, que orgullosas por un triunfo que creían inmediato y completo en el Nuevo Continente, se han visto obligadas á retroceder á la madre patria con innumerables pérdidas, y á desistir por completo de sus guerreros planes y pensamientos monárquicos. Sólo una nación, y por cierto no de las más poderosas de Occidente, ha conseguido dar una vida, que tiene sin embargo mucho de ficción, á un imperio en aquellas apartadas regiones; y todos sabemos que ha necesitado para esto llevar allí todo su poder,

toda su atención, toda su influencia, toda su vida en fin, y que en último término, el resultado no podrá ser otro que la extinción completa de toda idea, y de todo sentimiento, que tienda á la monarquía.

En qué pues, volvemos á preguntar, pudo fundarse Napoleón III para emprender con tal entusiasmo su desgraciada expedición á Méjico?

No es difícil adivinar la contestación, reflexionando con algun detenimiento cuál era entonces la posición de Napoleón III. Se hallaba en todo el apogeo de su poder y de su grandeza. Las águilas francesas habían vencido en Crimea el orgullo altanero de la raza slava; habían impuesto condiciones al comercio de Inglaterra; habían derrotado en Magenta y Solferino los ejércitos del Austria, y habían en fin infundido respeto, ya que no temor, al resto de las naciones de Europa. Se debía á Napoleón III la constitución del reino de Italia; obra que con justicia ha merecido el aplauso de todos los buenos, y á que la historia sabrá dar la importancia que realmente tiene; y todos sabemos hasta qué punto sirvió este gran acontecimiento para aumentar el prestigio y la influencia del emperador francés, su renombre entre los pueblos que gemían bajo el yugo de los despotas, y sobre todo su libertad de acción para transformar, con arreglo á su principio de nacionalidades, el derecho público de Europa.

Estas glorias, este prestigio de Napoleón en el exterior se robustecieron más y más con su dictadura en el interior, después que hubo sofocado la revolución en las calles de París con su ejército numeroso y aguerrido, y en extremo entusiasta por la persona y por los hechos del emperador; con su política sensual y espléndida que acallaba los instintos revolucionarios de su pueblo, dando el pan con una mano á los necesitados, y derribando con la otra viejas ciudades para levantar sobre ellas suntuosos palacios; y por último, con su táctica especial para hacerse respetar y al mismo tiempo dejarse querer de las masas de su vasto imperio; todo lo cual explica satisfactoriamente, como dice un escritor de nuestros días, el silencio de la tri-

buña, la opresión de la prensa y la ruina casi completa de todas las libertades públicas francesas.

Ahora bien, cuando de tal manera sonreía la fortuna á Napoleón III, cuando creía que su estrella no podría ya eclipsarse nunca, y que todos los soberanos de Europa le obedecerían como á Júpiter los demás dioses con sólo arquear sus cejas, quiso llevar mucho más lejos su poder y su renombre, y volvió los ojos al territorio de Méjico. En esta parte del Nuevo Mundo, el César francés entreveía una empresa, que como él mismo exclamaba con aire de satisfacción, sería la más grande, la más gloriosa de cuantas había intentado; y ciertamente, á juzgar por algunos hechos, y por deseos, no explicitamente manifestados, pero sí en cierto modo indicados, el pensamiento de Napoleón III participaba en mucho de la grandeza y atrevimiento de que blasonaba su autoridad.

El móvil secreto, el fin elevado y trascendental del emperador de los franceses, como quiso en cierto modo indicar en las últimas sesiones del Parlamento el célebre Mr. Thiers, no fué otro que consolidar en el corazón de América un gran imperio, que á la vez que fuese como el centro de gravitación de la raza latina, pusiera un límite al crecimiento y tendencias absorbentes de la raza anglo-sajona. El Gobierno francés, dice el orador citado, concibió el proyecto de reorganizar á la raza latina y de que ésta se opusiese á las invasiones de la anglo-sajona, triunfante hoy, que excita las generales simpatías, y que sería de desear se desbordase en Méjico para castigar, lo que nosotros no podemos hacer, los odiosos crímenes de la raza latina.

Tal fué indudablemente el pensamiento de Napoleón III, y no hay que dudar que en él se encerraba un propósito grande, importantísimo para el nombre ilustre de quien lo concibiese y para la raza que representara. Oponer un valladar á los Estados Unidos, cuyo poder y cuya prosperidad amenazan hoy de una manera imponente al viejo mundo; despertar y consolidar en Méjico todo lo bueno, todo lo útil y grandioso de que ha sido y puede ser capaz la raza latina; para que el resto de América tuviera allí un ideal á que obedecer y una Constitución que

imitar; estender por todo ese Nuevo Mundo, destinado sin duda á realizar grandes cosas y á mejorar quizá la suerte del antiguo, el prestigio y la veneracion de aquella raza; y alentar, sobre todo, el espíritu decaído de la decrepita Europa para que ésta recobrase aquel renombre y aquella influencia de que en mejores tiempos disfrutaba en el Nuevo Continente, no hay duda que todo esto era un proyecto atrevido, merecedor del aplauso que se tributa á las grandes concepciones.

¿Mas era posible llevar á cabo el pensamiento del monarca de Occidente? La política de un rey que no se estiende sino á contentar las masas con un pedazo de pan, y á tener sumiso y esclavizado con hipócritas lisonjas y deslumbrantes condecoraciones á un ejército de medio millon de hombres, que en cambio amordaza la prensa, y ahoga la tribuna, y prescinde por completo del derecho público, ¿podrá, decimos, implantarse en América, allí donde al pueblo se le enseña antes que todo á conocer sus derechos; al ejército á que tenga abnegacion y á que defienda la libertad é independencia de su patria, por la libertad é independencia mismas; á la prensa y á la tribuna á que escriban y discutan con completa libertad; allí finalmente, donde el fausto y opulencia del primer jefe del Estado, no se diferencian apenas del modesto vivir del último ciudadano? Ciertamente que era esto de todo punto imposible, pues valia tanto como obligar á la humanidad á que retrocediese en su marcha lenta y progresiva, ó lo que es lo mismo, á que dejarán una vez de cumplirse las eternas leyes que rijen el mundo.

Hé aquí el error lamentable de Napoleón III, cuyas consecuencias devora hoy en silencio; allá en la soledad de su intranquila conciencia; y hé aquí tambien el dedo de Dios, castigando al que intenta contrariar sus leyes, señalando á la vez la senda por donde debe dirigir siempre sus pasos la humanidad.

Los resultados de esta desastrosa política, tan pronto como empezó á iniciarse en el Nuevo Mundo, todos los sabemos. Las armas francesas encontraron en Méjico, como en-

contraron en España á principios del presente siglo, una resistencia tenaz é invencible; una situacion de todo punto insostenible para el desgraciado príncipe en quien fijó en mal hora su mirada Napoleón III, y una oposicion formidable y amenazadora por parte de los Estados Unidos. Hasta aquellas soñadas riquezas que el Gobierno francés creia encontrar en Méjico, y con las cuales pensaba tal vez llenar las arcas de su Tesoro, vióse luego que eran imaginarias, y que sólo podrian con el tiempo llegar á ser positivas, pero á fuerza de sangre, de millones y de todo género de sacrificios.

El suelo mejicano es, en efecto, fértil y opulento por sus minas de plata y oro; pero la explotacion, en cambio, de estos minerales, está erizada de grandes dificultades. Para extraer la plata y el oro se necesita del fuego ó del mercurio, y era preciso para la coleccion, que España enviase sus azogues de Almaden, lo cual constituia unas relaciones casi providenciales entre ambos pueblos. El clima es además insufrible, ó nocivo por lo ménos, á los europeos que se consagran á esa clase de trabajos; el suelo, insalubre y pestilencial; el carácter y costumbres de los indios, opuestos diametralmente al de los europeos. Y para que nada faltase á ese castillo formado en el aire por el Gobierno del vecino imperio, la propiedad, y esto comprende bien hasta qué punto es importante para apreciar la riqueza de un país, estaba distribuida con tal desproporcion, que puede decirse residia toda entera en el clero y algunos otros capitalistas, todo lo cual explica satisfactoriamente cómo el territorio de Méjico no ha producido jamás lo necesario para el consumo de sus habitantes.

Nada de esto, pues, tuvo presente Napoleón III al decidirse á establecer en Méjico un nuevo trono; pero todavía olvidó más: el que estuviere dirijiendo los destinos de aquel país, un hombre de la conducta y del carácter de Juárez. Sin una mancha indeleble en su nombre, y dotado de esa energia que tanto distingue á la pura raza india, el presidente de la República mejicana era el que más habia contribuido á mejorar el estado lamentable de su patria.

Emancipada ésta de la metrópoli durante las guerras de nuestra Independencia, Juárez

venia á poner término á las continuas revoluciones que agitaban al Méjico desde principios del siglo, y á realizar una obra para la cual la Europa habia necesitado más de tres siglos; y cuya importancia se conocerá desde luego, considerando que Méjico al separarse de España era, como ha dicho un gran escritor francés, la imagen viva de esta nacion bajo el reinado de Felipe II. Protestando, pues, el presidente Juárez, de una manera firme y resuelta, contra el pensamiento que la expedicion francesa llevara á las aguas mejicanas, se retiró indignado, pero resuelto siempre á castigar el atrevimiento de las potencias aliadas, á los confines de la República, y allí permaneció sin descuidar un solo instante la defensa de la integridad de su territorio y los derechos de su autoridad.

Los esfuerzos y sacrificios de que Méjico es deudor á su digno y enérgico presidente, tendremos ocasion de darlos á conocer en la narracion de los acontecimientos por que ha pasado aquel pueblo, como igualmente la actitud de los pueblos latinos de América, al comprender, no el fin que Napoleón se propusiera, sino los medios que empleaba para llevar á cabo su pensamiento. Estos pueblos, en efecto, rechazaron instintivamente la intervencion, porque en ella vieron mezclarse á la Europa con mano armada en los asuntos de América, ante cuyo hecho, todos ofrecieron sus recursos á Juárez, verdadero y digno representante no sólo de la independencia de Méjico, sino de la independencia y libertad del resto del Continente americano.

A pesar de todo, Napoleón III siguió firme en su propósito de imponer la monarquía en Méjico, creyendo sin duda que el gran pueblo americano, que el tipo ideal que arrastrara tras sí, no sólo el resto de América, sino quizá tambien á Europa, permanecería indiferente á la suerte de sus hermanos del Nuevo Mundo. Los Estados Unidos, en efecto, que habían estado por algun tiempo en una actitud expectante y recelosa, dieron á entender al Gobierno del emperador, en cuanto vislumbraron cuáles pudieran ser sus intenciones respecto al país mejicano, que no permitirían nunca que la Francia ni ninguna otra nacion fuera á imponerse con intenciones harto simuladas, á cualquier

pueblo de América; y Mr. Seward puso á Napoleón III en la alternativa, ó de retirar inmediatamente las armas francesas del territorio mejicano, ó de arrostrar una guerra cuyos resultados serian por demás sensibles y trascendentales. La actitud del Gobierno de los Estados Unidos, bastó para que las armas francesas, vencidas más de una vez por las fuerzas de Juárez, abandonaran á Méjico, dejando en el mayor desamparo y en la situacion más crítica al infortunado Maximiliano, á quien se habían obligado á defender; y en la horrible anarquía de una guerra civil á un pueblo desventurado, á quien habían jurado librar de su triste situacion. Todo esto hizo Napoleón III, y á fe que en la historia contemporánea, difícilmente encontraremos una humillacion como la suya, ni jamás el pueblo francés se habrá sentido tan lastimado en el sentimiento de su dignidad y de su honra, como en los momentos presentes.

Pero como si las malas causas llevarán consigo siempre el castigo inmediato y expiatorio para que en él aprenda y estudie la humanidad, Napoleón III que ha sido siempre el monarca mimado de la fortuna, desde esta desgraciada expedicion de Méjico ha visto disminuir de día en día su influencia, su prestigio y su renombre.

El imperio francés, antes cubierto de majestad y de poder, ha tenido que dar satisfacciones á la opinion pública, y devorar en silencio las terribles y justas acusaciones de la oposicion en Francia, y la censura de la prensa de todos los países. Ni uno solo de todos sus proyectos ha podido llevar felizmente á cabo, y sus caras ilusiones se han convertido en amargas censuras y crueles desengaños. Soñó el emperador francés, como hace notar un gran político de nuestros días, con un Congreso europeo para arreglar pacíficamente las graves cuestiones que escitan hace tres años la atencion de todos, y su proposicion fué recibida casi con burla por los principales Gabinetes de Europa; manifestó y hasta prometió de una manera solemne, que en la lucha entablada entre Prusia y Austria sería esta última vencido-

ra, y el resultado fué precisamente todo lo contrario; mostróse siempre dispuesto á que la unidad germánica no llegara nunca á realizarse, y la unidad se ha realizado con Prusia á la cabeza; ha querido romper la alianza entre Prusia y Rusia, apelando á toda clase de medios, y esa alianza es cada día más íntima y estrecha. ¿Qué más? Napoleón III ambicionaba la posesion de Luxemburgo, y no solamente no la ha alcanzado, sino que se ha visto desafiado por su rival, que en pié de guerra se preparaba imponente y amenazador á defender esa pequeña parte de su territorio.

Tales son las contrariedades y desengaños que ha sufrido Napoleón III desde su malhadada expedición de Méjico. Cuando en ellos piense el César francés, cuando considere el juicio severo que la Europa ha formado sobre esta empresa, y el concepto que á los Estados de América merece hoy el poder y la grandeza de Francia; cuando, finalmente, reflexione sobre las grandes complicaciones por que atraviesa su imperio y en los inminentes peligros que le amagan por todas partes, no hay duda que la imagen y el recuerdo de los asuntos de Méjico, se presentará en su pensamiento como la causa fundamental de todos esos males, que si hasta hoy le han valido solamente la vergüenza y el desprestigio del mundo, pudieran más adelante ocasionarle otro género de desastres mucho más graves y trascendentales.

VII. **El imperio francés.** Antes de haberse establecido y de haberse consolidado el imperio francés, se había ya establecido y consolidado el imperio mejicano. A Méjico en cambio se le presenta una nueva era, en la que ciertamente se pondrá término á las desgracias que por tanto tiempo y de una manera tan violenta lo han conmovido. Hasta aquí el espíritu reaccionario del clero, la oligarquía militar, la intransigencia y crueldad de los partidos, la ignorancia de las clases populares, el carácter discolo y turbulento, la falta de tradiciones que estrechen los ánimos y los impulsen en una dirección determinada, todo esto ha mantenido á los Estados de Méjico en continua agitación, y en un estado de inmoralidad y corrupción harto doloroso y lamentable.

Consecuencias de tan grandes males, eran la inestabilidad y falta de respeto que allí se

tenía al poder, á las autoridades, á las personas y á las cosas. De aquí nacía igualmente que la forma de gobierno variaba sin obedecer á otra ley que á la ambición ó á la fuerza; los altos dignatarios de la República se sublevaban; los generales se vendían indistintamente á unos ó á otros partidos; el ejército carecía por completo de todo sentimiento noble y generoso, y Méjico en fin, — convertido unas veces en imperio, otras en República, obedeciendo algunas á la autoridad de varios jefes supremos, y á la imagen fiel de aquellos condenados del Dante, que cruzan y vagan sin cesar en una atmósfera vertiginosa, sin encontrar tranquilidad, ni alivio, ni reposo.

Semejante situación ha por fortuna, si no desaparecido por completo de la República mejicana, mejorádose al menos considerablemente, y colocado en vías de una solución inmediata, duradera y satisfactoria. Los elementos reaccionarios, que chocando con los liberales, han conmovido hasta aquí de una manera violenta la República, acaban de desaparecer para siempre; y los hombres y las ideas que han sido bastante poderosos para echar por tierra el imperio de Maximiliano, á pesar de la influencia de la nación que le prestaba su apoyo, do serán igualmente para salvar la independencia y ventura de su país, con una organizacion poderosa y fuerte; y esta sería entonces la última crisis, el último contratiempo de la azarosa historia del antiguo imperio de Motezuma.

Si por desgracia así no aconteciera, la suerte de Méjico á nadie puede ocultarse. La intervencion de los Estados Unidos, y su proteccion durante los últimos sucesos, le ha librado de la opresora influencia del emperador francés, y le ha abierto, por consiguiente, el camino de su constitucion y de su prosperidad; pero si Méjico, insistiendo en sus intestinas luchas, nó pone fin al estado anárquico y lamentable en que ha vivido desde su independencia de la antigua metrópoli; si los elementos teocrático y militar continúan sembrando por todas partes las intrigas, las discordias y las guerras, firmes en su loca creencia, de que es posible que la reaccion se sobreponga al espíritu liberal y tendencias democráticas de toda la América;

Méjico tan digno de consideracion por su antigua grandeza como por sus recientes desgracias, pasará, á no dudar, á formar parte de esa gran potencia de los Estados Unidos del Norte, y será el primer país de raza latina que caerá bajo la dominacion de la raza anglo-sajona. Las consecuencias que de este acontecimiento pueden originarse para Europa, fácilmente se comprende que habrán de ser de la mayor importancia; y hé aquí, como en otro lugar hemos manifestado, lo que habia de grande y de previsor, pero tambien de impracticable, en la idea de Napoleón III al llevar á cabo la expedición de Méjico. Por una ley histórica que no es fácil determinar, la raza anglo-sajona en América no ha podido traspasar ciertos límites, marcados por multitud de circunstancias. Si la anexion de Méjico se llevará á cabo, aquella raza poderosa é imponente romperá sus antiguos diques, y no contenta con las estensas comarcas de la República mejicana, marchará quizá, fuerte con el éxito de su empresa, y animada por el crecimiento extraordinario de sus fuerzas, hasta el Estrecho de Panamá primero, y hasta el Cabo de Hornos más tarde, en pos de una dominacion que pudiera ser completa en todas las comarcas del Nuevo Mundo.

Esta tal punto es delicada y trascendental la cuestion de la República de Méjico. De ella depende, no sólo la salvacion de la República, sino el alejamiento de otros sucesos que influirían poderosamente en los destinos ulteriores de Europa. Cuanto se haga, pues, en favor de la pronta y sólida reconstitucion de Méjico, redundará en bien de este país y en el de todos los del antiguo Continente, disminuyendo por tanto de una manera proporcional la influencia de la raza anglo-sajona; y ante tales temores, ante un peligro que por más que esté lejano, no por esto pierde ninguno de sus grandes é imponentes caracteres, los Gabinetes de Europa tienen el deber sagrado é imprescindible de ayudar por todos los medios á la completa reconstitucion de la República mejicana. Si no hacen esto, si llevados del sentimiento de la venganza, indigno siempre de las almas nobles, quisieran renovar las escenas sangrientas en aquella parte del Nuevo Mundo, ó por el contrario, se mostrarán indiferentes y desdenosos en la suerte

que le pudiera caber, con lo cual, en vez de ayudar, entorpecerian la obra regeneradora, Méjico, no hay que dudar, desaparecerá como han desaparecido Tejas y San Francisco de California; pero con Méjico acabará tambien para el viejo Continente, la última esperanza de guiar y presidir el desenvolvimiento de los pueblos latinos en América.

CAPÍTULO IV.
Expedición de Méjico. — Fuerzas que la componían. — Toma de Veracruz y de San Juan de Ulúa. — Reclamaciones que por tales actos hicieron al Gobierno español los Gabinetes de Inglaterra y Francia. — Actitud de los mejicanos.

Las negociaciones entabladas entre los Gabinetes de Francia, Inglaterra y España, dieron por resultado, como hemos visto en los capítulos anteriores, la accion común de las tres potencias en el territorio mejicano. El Gobierno español, que para llevar las cosas á tal extremo, no habia perdonado esfuerzo ni sacrificio alguno, y que por otra parte creia haber alcanzado uno de sus más gloriosos y brillantes triunfos, sin perder momento y sin esperar por tanto, á que se fijasen clara y definitivamente las condiciones con que debiera llevarse á cabo la expedición, dió orden al capitán general de Cuba para que aprestase inmediatamente, una expedición que se dirigiera á las aguas de Méjico. Allí debian reunirse las fuerzas de Francia y de Inglaterra, para exigir de comun acuerdo al Gobierno mejicano, satisfacciones cumplidas por los agravios que á unas y á otras naciones habia inferido; y desde el momento en que el capitán general de Cuba recibió la orden apremiante de su Gobierno, se dedicó sin levantar mano á preparar la expedición, quedando ésta en breve tiempo compuesta de fuerzas considerables de aquella isla (1).

(1) La escuadra que debia operar en Méjico y de cuyo mando se habia encargado el general Rubalcaba, se componia de 11 buques de guerra. Iban á bordo 5.000 hombres, 100 lanceros, 150 ingenieros con 60.000 sacos y útiles, escalas, etc.; 20 piezas de batir, 25 enfermeros y 25 obreros militares. Una y otra seccion llevaban uniformes sencillos y de muy buen gusto; los obreros tenian cada uno un cinturón de cuero, del cual pendia una cuerda